

V ALIJA *retrasada*

"EL TREN BOTIJO" • Por EL VALIJERO

DE esto hace, naturalmente, muchos años. Aun no había ido yo a Madrid. Pero Madrid venía a mí todos los veranos. Venía en un tren botijo. Venía el Madrid popular. Cada familia con su cesta para tan larga jornada, y su botijo de barro, que iban llenando en las estaciones del trayecto. Con agua de aquel botijo de barro se había bautizado a aquel tren botijo. Agua caliente, hasta con carbonilla de la máquina y polvo del verano manchego. Botijo, antes ilustrado por el Lozoya, y, también, a veces, por el Valdepeñas. "¡Con lo rica que estaba cuando salimos de Madrid!"

Mestre Martínez hacía desde las columnas de "La Correspondencia de España" la propaganda del tren botijo: "Once días en Alicante, novenario de baños de mar en la playa del Postiguet, verbenas en la Explanada, regatas... ¡Madrileños, a refrescarse! ¡Billete de ida y vuelta, once pesetas!"

Y a continuación escribía Mestre Martínez una infame cuarteta. Otro párrafo de publicidad botijeril, y otra cuarteta. Como se escribían antes las reseñas de toros.

Y en el tren botijo se embarcaba el Madrid popular. Veintitantas, treinta horas de tren.

—¡Oye, pues no son tan cómodos como dice Mestre Martínez, estos terceras!

—¡Qué han de ser!

—Cuando lleguemos a La Encina...

Acompañaba al viaje el espejismo de La Encina.

—Luego, ya tóo es cuesta p'abajo, hasta el mar...

El tren botijo encontraba siempre más fáciles las cuestas para abajo.

En aquellos viajes se armaban tremendas partidas de naipes, imponentes juergas familiares, pavorosas batallas infantiles. Se zurcian calcetines. Se hacían y deshacían noviazgos. Hasta es posible que se tramase algún inten-

to de adulterio. Intento nada más, y para cuando llegasen a Alicante. Los baños marítimos incitan al pecado incluso a los más virtuosos varones.

Y, mientras tanto, el tren botijo: "¡Piit!... ¡Chis chás, chis chás!... ¡Piit!..." *Albante Quintanar... Alcázar... Chinchilla...*

—Padre, ¿falta mucho pa La Encina?...

—Peque, no interrumpas cuan-

do hablan las personas mayores...

Y, por fin, llegaba el tren botijo a Alicante. Llevaba banderolas en la máquina. Salían a recibirlo el alcalde al frente de la corporación municipal, la Asociación de la Prensa y coro general de alicantinas y alicantinos. Discurso de bienvenida del alcalde. Discurso de salutación de Mestre Martínez. "¡Estos periodistas en todo se meten!"



Estas son las bañistas a que alude "El Valijero". Así las quiere vestidas —o desvestidas— el criterio episcopal del "caudillo".

A.P.C.E.

SIG.: 1.2i/1511

Al pisar el andén, decía a su cónyuge la botijera castiza:

—¡Cuidao, Fulgencio! No sueltes al peque, no se caiga al mar, que la "Corres" dice que esto es puerto náutico...

El chiste se repetía todos los años, todos los trenes botijos.

Ya hablaba el Madrid popular como los personajes de Arniches. Parecía como si los madrileños fuesen a Alicante a devolverle el lenguaje castizo que les había llevado el sainetero nacido en la alicantina calle de Golfín.

Empezaban las mujeres a llamarse por la mitad del nombre: Patro, Tere, Nati, Puri, Cloti. (Nunca se supo lo que hicieron las mujeres con la otra mitad.) Y traían en el tren botijo como un trasunto de "La Verbena de la Paloma" y "La Revoltosa".

A veces, también, eran familias taboadescas: las niñas del jefe de negociado, la esposa del jefe de negociado, el propio jefe de negociado. Las niñas con sus canotiers de paja, con lazos y flores, sus faldas largas fruncidas, sus blusas blancas con mangas de jamón. Idillos en la Explanada —con algún futuro jefe de negociado— mientras la banda del regimiento tocaba la romanza

amorosa:

"¡Ven, Rodolfo,
Ven, por Dios!..."

Y la gran atracción del verano, sólo para hombres: pescar con caña. Nadie pescaba nada. Pero en eso está el encanto varonil de la pesca con caña.

Y los baños de mar, con aquellos bañadores masculinos, con medias mangas, a rayas blancas y azules. Y aquellos bañadores femeninos, con pantalones bombachos y blusa larga y sin escote, de tela azul, con solapas vueltas de marinerito y un áncora bordada con trencilla blanca en cada punta. Algunas señoras se bañaban con bata amplia, flotante, que las olas subían y el viento hinchaba como globos.

Digase lo que se quiera de aquellos baños, lo cierto es que en aquellas dulces olas, en aquel apacible mar del Postiguet, se templó, como el acero, el Madrid popular que fué luego el épico Madrid de la guerra. Ahora me doy cuenta de que aquellos trenes botijos, que proporcionaban tales baños a tarifa reducida, fueron algo así como el arma secreta y lejana de la heroica

defensa de Madrid, aunque esto no se lo hayamos descubierto todavía al general Miaja. Por eso digo que es arma secreta.

Así se explica que los hijos del Madrid popular de los trenes botijos luchasen como leones en la epopeya del Manzanares. Acaso, el mismo "peque" que podía caer al mar y ahogarse en el andén de la estación de Alicante...

Y luego, vuelta a Madrid, refrescados y contentos. El botijo de barro del tren botijo, con agua de Sax. O con vino de Monóvar. Punto de gancho para matar las horas. Mus. Noviazgos. ¿Adulterio? "¡Hombre, a su edad y con el bigote pintado!" Los chiquillos, insoportables.

Y el tren botijo: "¡Piiit! ¡Chis chás... chis chás!... ¡Piiit!..." Villena... La Encina... Chinchilla...

—Cuando lleguemos a Alcázar
—Padre, ¿falta mucho para llegar a Alcázar?

—Peque, no interrumpas cuando hablan las personas mayores.

Y así hasta la estación de Atocha. El último trecho del tren botijo se hacía en un simón. Hasta Chamberí.

—¡Y ahora, vuelta al trabajo!
¡Maldita sea la...!

Díálogos de José López Silba

El Aniversario

—¡Hoy estoy muy triste! ¡Por lo que más quieras no me hables, Cirilo, de cosas alegres!

—¿Qué concho te pasa?... ¿Por qué te acoquinas?...

¿Qué pena te aflige?... ¡Contéstame, leñe!

Y alegría esa cara, que, al verte, cualquiera diría que es martes y estamos a trece.

—¡No puedo, Cirilo!

—¡Me dejas asorto!...

—¡En esos instantes estoy que me pueden ahogar con un pelo!...

¡Rediez!... ¿Pero lloras?

—¡Ya ves!

—¡Vamos... mira que tié pelendengues!

¿No te da vergüenza de estar ahí ¡jipando como una comadre? ¡Mentira parece que tú haigas corrido las juergas a cientos y tengas la fibra de plata Meneses!

¿Y tú te la dabas de enjundia y de yemas?

¿Y tú eres el Galo Cascales y Meléndez que estás, desde el día que vino a este mundo, según dijo el otro, de chuffa perezne?

—Yo mismo.

—¡Mentira! ¡Tú no eres Cascales!

—¡Las cosas que pasan! ¡Cirilo, qué quieres!

¡También las personas de humor la "diñamos"!

¡También se impresionan los hombres de temple!

—¿Que tu te impresionas?...

—¡Yo, sí!

—¡Miau!

—¡Te ruego

que no hagas el gato!

—¡Gachó; pero si eres el fresco más grande que come cocido, según lo atestiguan los hechos siguientes!

Se murió tu madre, y estuviste mustio no llegó a dos horas, y, al volver del Este, tú, con otros guarros que iban en el duelo, sos emborrachaisteis asquerosamente.

—Fué pa ahogar la pena que nos embargaba.

—Sí, ¿verdá?

—¡Por éstas!

—¡Qué buen humor tienes!

¿Te afligiste mucho por lo de la Rita cuando, por tu culpa, tuvieron que hacerle la "cesaria"?

—¡Concho! ¿Por mi culpa?...

—¡Claro!

Tú hablabas con ella cuando el accidente.

—¡Yo en lo de la Rita fui neutral, Cirilo!

—¡Eso se lo cuentas a la diosa Ceres!

—¡Te lo juro!

—Bueno. ¡Pa tu abuela!

—¡Mialas!

¡Que me caiga muerto si te engaño! ¡Créeme!